

Esta es una pequeña muestra
del libro *A Su imagen*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2021 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

“¿Quién debo ser? Esta es una pregunta que muchos no hemos explorado, al menos no de esta forma tan explícita. Sin embargo, la respuesta es esencial para los que somos cristianos. Jen Wilkin nos ayuda a responder esta pregunta en su extraordinario libro *A Su imagen*. Wilkin nos lleva a reflexionar en los atributos comunicables de Dios, enseñándonos cómo podemos reflejar a nuestro Creador. Su estudio cuidadoso de la Palabra de Dios y de la teología hace que *A Su imagen* sea una lectura imprescindible”.

Trillia Newbell, autora de *La gran idea de Dios y Dios creativo, creación colorida*

“Todos queremos conocer la voluntad de Dios para nuestras vidas, ¿no es cierto? Con frecuencia nos encontramos preguntándonos qué es lo que Dios quiere que hagamos. En este extraordinario libro encontrarás la respuesta a esta pregunta, pero con un enfoque distinto. *A Su Imagen* nos enseña que la pregunta más importante que debemos hacernos no es ¿qué debo hacer? sino ¿quién debo ser?, porque como bien nos enseña Jen Wilkin, si nos enfocamos en nuestras acciones y descuidamos nuestros corazones podemos terminar siendo amantes de nosotros mismos con un buen comportamiento. Este libro nos muestra, de una manera práctica y profunda, que la voluntad de Dios para nuestra vida es que seamos como Cristo. Te animo a leer este libro y a entrar en un hermoso recorrido que te llevará a conocer más a Dios y a reflejar la imagen de tu Creador”.

Patricia Namnún, directora de iniciativas femeninas en Coalición por el Evangelio y autora de *Una fe viva*

“A. W. Tozer dijo que lo que pensamos acerca de Dios es el aspecto más importante y fundamental de la vida. Jen Wilkin nos muestra que las mejores respuestas en cuanto a qué deberíamos hacer se encuentran en nuestra identidad, y esta la determina nuestra perspectiva de Dios. No hay un tema más importante, y pocos autores son capaces de comunicar una verdad tan profunda de formas tan sencillas y agradables como Jen Wilkin”.

J. D. Greear, pastor de The Summit Church en Raleigh-Durham, Carolina del Norte; autor de *El evangelio: Recuperando el poder que hizo el cristianismo revolucionario* y *Stop Asking Jesus into Your Heart* [Deja de pedirle a Jesús que entre a tu corazón]

“Este libro es para todos los que se estresan al tomar decisiones, preguntándose constantemente si están o no en la voluntad de Dios. Con mucha gracia, Jen Wilkin nos ayuda a reformular estas preguntas, animándonos a conocer y contemplar el carácter de Dios para que esas verdades determinen y

transformen nuestras acciones como portadores de Su imagen. *A Su Imagen* proporciona una explicación bíblica y práctica de los atributos comunicables de Dios, ¡y cualquier persona podrá entenderlo, disfrutarlo y aplicarlo!”

Emily Jensen, cofundadora de Risen Motherhood;
coanfitriona del podcast *Risen Motherhood*

“A *Su imagen* es una invitación a ser cada vez más como el Dios que adoramos, a hacer que Sus características sean una realidad en nosotras, las personas que Él ha creado y redimido. Esta obra de Jen Wilkin presenta un panorama sólido y accesible de una parte crucial de la teología cristiana. Cualquier creyente que lea este libro le sacará provecho a la verdad que contiene”.

Trevin Wax, editor en LifeWay Christian Resources; autor
de *This is our time: Everyday Myths in Light of the Gospel* [*Este es nuestro tiempo: Mitos comunes a la luz del evangelio*]

“Tengo un gran problema con este libro: las personas van a asumir que es para mujeres, ¡pero eso no es cierto! Dios le ha dado a Jen Wilkin la capacidad para explicar grandes verdades de modo que se entiendan fácilmente, lo cual es una excelente noticia para una persona como yo con una inteligencia promedio. Todo el que quiera crecer en santidad y ser transformado a la imagen de Dios necesita agregar este libro a su biblioteca. Lo recomiendo de una forma muy especial”.

Stephen Altrogge, autor de *Untamable God* [*Dios indomable*]; creador del blog The Blazing Center

“A *Su imagen* es un libro que está lleno de perspicacia teológica, sabiduría pastoral, aplicaciones prácticas y bastante humor. Junto con su predecesor, Nadie como Él, es una lectura esencial para entender cómo es Dios y lo que implica vivir a la luz de ello”.

Sam Allberry, pastor y apologeta; editor en The Gospel Coalition. Autor de *¿Está Dios en contra de los gays?*

A SU IMAGEN

*10 maneras en las que Dios
nos llama a reflejar Su carácter*

JEN WILKIN



Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#ASuImagen

A Su imagen

10 maneras en las que Dios nos llama a reflejar Su carácter

Jen Wilkin

© 2021 por Poiema Publicaciones

Traducido del libro *In His Image: 10 Ways God Calls Us to Reflect His Character*

© 2018 por Jen Wilkin. Publicado por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers; Wheaton, Illinois 60187, U.S.A.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1986, 1999, 2015, por Biblica, Inc. Usada con permiso. Las citas bíblicas marcadas con la sigla NBLA han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005, por The Lockman Foundation; las marcadas con la sigla RVC, de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera Contemporánea* © 2009, 2011, por Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla NTV, de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © 2010, por Tyndale House Foundation; las marcadas con la sigla RVA, de *La Santa Biblia, Reina Valera Antigua*, dominio público.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-950417-35-3

SDG

En memoria de R. C. Sproul,

quien enseñó verdades profundas

con palabras sencillas

y honró a discípulos comunes

tratándolos como teólogos capaces.

Contenido

Introducción:

Una mejor pregunta. 9

1. **Dios, el más santo** 17
2. **Dios, el más amoroso** 29
3. **Dios, el más bondadoso** 43
4. **Dios, el más justo** 55
5. **Dios, el más misericordioso** 69
6. **Dios lleno de gracia** 83
7. **Dios, el más fiel** 95
8. **Dios, el más paciente** 107
9. **Dios, el más veraz** 119
10. **Dios, el más sabio** 131

Conclusión:

Su imagen grabada en nosotros 143

Notas de texto 151

Índice de las Escrituras 155

Introducción

Una mejor pregunta

Si alguna vez has dicho: “Solo quiero saber cuál es la voluntad de Dios para mi vida”, este libro es para ti. Si has visto el curso de tu vida y te has preguntado si vas por el camino correcto o si vas camino a un precipicio, sigue leyendo. Cuando termines de leer este libro, espero que nunca tengas que volver a preguntar cuál es la voluntad de Dios para ti. O, al menos, no de la misma forma en que lo has hecho hasta ahora.

Esta pregunta sobre la voluntad de Dios solo se la hacen los cristianos. Los que nunca han invocado el nombre de Jesucristo no se preocupan por descubrir la respuesta. Esta pregunta revela que un creyente es consciente de que, como seguidor de Cristo, no puede escoger cualquier opción: cualquiera que sea el camino a seguir, no será amplio sino estrecho. Dios tiene un propósito para mi vida y, ya que he tenido muchas malas experiencias por seguir “caminos que al hombre le parecen rectos” (Pro 14:12), más vale que haga todo lo posible por discernir cuál es Su voluntad.

Pero esta parte del discernimiento es complicada. Cuando reflexionamos en cómo era nuestra vida cuando estábamos lejos de Cristo, tendemos a enfocarnos en las malas decisiones que tomamos y en sus consecuencias. La forma en que usábamos nuestro tiempo, nuestro dinero y nuestras energías se reproduce en nuestras mentes como si fuera un video de metidas de pata, pero en vez de hacernos reír nos obliga a susurrar: “Nunca más”. Antes de conocer

a Cristo, actuábamos según la intuición emocional o racional de nuestra mente oscurecida. Ahora sabemos que nuestros sentimientos nos engañan y que nuestra lógica egoísta nos traiciona. Pero ya no tenemos por qué preocuparnos. Ahora tenemos una línea directa con Dios. Simplemente le preguntaremos qué debemos hacer.

Sin querer, podemos comenzar a ver nuestra relación con Dios principalmente como un medio para tomar mejores decisiones. Podemos caer en el error de ver a Dios como un columnista benevolente que nos da consejos y responde las preguntas más difíciles sobre nuestras relaciones y circunstancias. Como no confiamos en nuestro propio juicio, le pedimos que nos muestre con quién Él prefiere que nos casemos o cuál trabajo deberíamos aceptar. Le preguntamos sobre la mejor forma de invertir nuestro dinero o a cuál vecindario deberíamos mudarnos. “¿Qué debo hacer ahora? Ayúdame a permanecer lejos del precipicio, Señor. Mantenme en el camino estrecho”.

Hacerle estas preguntas a Dios no es algo terrible. Hasta cierto punto, demuestran un deseo de encontrar la respuesta a la pregunta: “¿Cuál es la voluntad de Dios para mi vida?”. Demuestran un deseo elogiabile de honrar a Dios en nuestra vida cotidiana. Sin embargo, no llegan a la esencia de lo que significa hacer la voluntad de Dios. Si queremos que nuestra vida se alinee con la voluntad de Dios, necesitamos hacer una mejor pregunta que simplemente: “¿Qué debo hacer?”.

Los cristianos tendemos a concentrar nuestra preocupación en las decisiones que enfrentamos. Si escojo *A* cuando debí escoger *B*, todo está perdido. Si escojo *B*, todo estará bien. Pero si la Escritura nos enseña algo, es esto: a Dios siempre le interesa más el que toma la decisión que la decisión en sí. Por ejemplo, piensa en Simón Pedro. Todos sabemos que cuando tuvo que decidir entre la opción *A* (negar a Cristo) y la opción *B* (reconocerlo), falló. Pero lo

que lo define no son sus malas decisiones, sino la fidelidad de Dios al restaurarlo. La historia de Pedro sirve para recordarnos que, sin importar la calidad de nuestras decisiones, no todo está perdido.

Esto tiene sentido cuando nos detenemos para recordar que ninguna decisión que tomemos nos puede separar del amor de Dios en Cristo. Dios puede usar el resultado de cualquier decisión para Su gloria y para nuestro bien. Esto es reconfortante. Pedro tuvo dos opciones y era claro que una de ellas no era sabia. Pero a menudo debemos escoger entre dos opciones que parecen igualmente sabias o igualmente insensatas. La respuesta a la pregunta “¿Qué debo hacer?” podría ser cualquiera de las dos.

Esto nos lleva a una mejor pregunta. La primera pregunta que debe hacerse el creyente que quiere conocer la voluntad de Dios para su vida no es “¿Qué debo hacer?”, sino “¿Quién debo ser?”.

Tal vez has intentado usar la Biblia para responder la pregunta “¿Qué debo hacer?”. Al enfrentar una decisión difícil, tal vez has meditado por horas en un salmo o en alguna historia de los Evangelios, pidiéndole a Dios que te muestre cómo se aplica a tu dilema actual. Tal vez has experimentado la frustración de no escuchar nada, o peor, de actuar conforme a una corazonada o una “pista”, solo para descubrir después que lo que escuchaste no fue la voluntad del Señor. Yo conozco este proceso más de lo que quisiera, y también conozco la vergüenza que lo acompaña; la sensación de que soy sorda a la voz del Espíritu Santo, de que soy terrible cuando se trata de descubrir la voluntad de Dios.

Sin embargo, Dios no le esconde Su voluntad a Sus hijos. Como madre terrenal, yo no les digo a mis hijos: “Hay una forma de complacerme. Veamos si pueden descubrir cuál es”. Si yo no le oculto mi voluntad a mis hijos terrenales, mucho menos lo hará nuestro Padre celestial. Su voluntad no necesita ser descubierta. Está a la

vista. Para verla, necesitamos comenzar a hacernos la pregunta que más le interesa a Dios: “¿Quién debo ser?”.

Por supuesto, las preguntas “¿Qué debo hacer?” y “¿Quién debo ser?” están relacionadas. Pero el orden en que las hacemos es importante. Si nos enfocamos en nuestras acciones sin lidiar con nuestros corazones, podemos terminar siendo simplemente amantes de nosotros mismos que se comportan bien. Piénsalo. ¿De qué me sirve escoger el trabajo correcto si me sigue consumiendo el egoísmo? ¿De qué me sirve escoger la casa o el cónyuge correcto si me sigue carcomiendo la codicia? ¿En qué me beneficia tomar la decisión correcta si sigo siendo la persona incorrecta? Un inconverso puede tomar “buenas decisiones”. Sin embargo, solo una persona en quien habita el Espíritu Santo puede tomar una buena decisión con el propósito de glorificar a Dios.

La esperanza del evangelio en nuestra santificación no es simplemente que tomemos mejores decisiones, sino que *lleguemos a ser mejores personas*. Esta es la esperanza que hizo que John Newton escribiera: “Fui ciego mas hoy veo yo, perdido y Él me halló”. Fue lo que inspiró al apóstol Pablo a decirle a los creyentes que “así, todos nosotros... somos transformados a Su semejanza con más y más gloria” (2Co 3:18). El evangelio nos enseña que la gracia que es nuestra a través de Cristo nos transforma gradualmente, por la obra del Espíritu, en mejores personas.

Pero no solo nos hace mejores. El evangelio comienza transformándonos en lo que debimos ser. Nos *vuelve a dar Su imagen*. ¿Quieres saber lo que se suponía que debían ser los seres humanos? Mira al único humano que nunca pecó.

Formado y marcado

Hace quince años, mientras caminaba por una tienda de antigüedades, me encontré con un bonito jarrón de cerámica. Era verde,

que es mi color favorito, así que decidí comprarlo por el precio que pedían, que eran diez dólares. Al darle la vuelta vi que decía “McCoy” en la base. Una breve investigación reveló que había hecho una buena compra, ya que mi pequeño jarrón de cerámica McCoy valía cuatro veces lo que pagué. Sin embargo, me encantaba simplemente porque me agradaba verlo lleno de las flores del jardín sobre la mesa de la entrada. Forma y función en armonía.

Pero hace quince años tenía cuatro hijos pequeños en la casa. Un día desafortunado, mi pequeño jarrón cayó al piso de baldosa. Aunque se rompió, no era imposible repararlo. Con más tristeza de la que quise admitir en el momento, lo volví a armar con pegamento, pero sus días de estar lleno de agua y con flores ya habían acabado oficialmente. Hoy se encuentra en un estante de libros en la sala. Todavía dice McCoy en la base y todavía tiene una forma que demuestra su belleza y propósito, pero ahora su habilidad para cumplir el propósito con el que fue creado es limitada. Y entre más te acercas a él, más evidentes son sus grietas. Estoy segura de que nadie me daría diez dólares por él, pero todavía me encanta aunque esté roto.

Nosotros somos como ese jarrón agrietado en varios aspectos importantes. Piensa en la historia de la Creación de Génesis 1. Durante cinco días escuchamos que Dios dice: “Que haya...”, y todo lo que declara se hace al instante, y es bueno. La luz, la oscuridad, la tierra, el mar, los cielos y todo tipo de plantas y animales toman su lugar organizadamente al escucharlo. En el sexto día de la Creación, el ritmo de la narrativa cambia notablemente. “Que haya” o “Que exista” se convierte en “Hagamos”. El relato de la Creación se vuelve maravillosamente personal, directo y poético:

Y Dios creó al ser humano a Su imagen;

lo creó a imagen de Dios.

Hombre y mujer los creó (Gn 1:27).

Dios creó la raza humana y nos puso Su sello. Nos creó para ser portadores de Su imagen, para ser Sus representantes al trabajar, al divertirnos y al adorar. Forma y función en armonía. Incluso después de la catástrofe devastadora de Génesis 3, seguimos siendo portadores de Su imagen, aunque ya no trabajamos, ni nos divertimos ni adoramos como debiéramos. Todavía somos valiosos ante Sus ojos, *todos* los seres humanos. Somos jarrones agrietados diseñados para mostrar belleza, pero goteando en cada fisura. Sin embargo, Dios redime a los portadores de Su imagen al enviar a Su Hijo para ser el portador perfecto de la imagen de Dios. Cristo es “el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que Él es” (Heb 1:3). Y para todo jarrón agrietado que es restaurado milagrosamente por gracia, Él es la respuesta a la mejor pregunta: “¿Quién debo ser?”.

¿Cuál es la voluntad de Dios para tu vida? La respuesta corta: que seas como Cristo. “Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de Su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Ro 8:29). La voluntad de Dios es reparar las grietas en la imagen que portamos, de tal forma que lo representemos como es debido y crezcamos para ser más y más como nuestro hermano, Cristo, en quien la forma y la función se expresan de manera perfecta. “Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación” (Col 1:15). Como tal, Él es tanto nuestro modelo como nuestro guía: “Para esto fueron llamados, porque Cristo sufrió por ustedes, dándoles ejemplo para que sigan Sus pasos” (1P 2:21). Y tal como dice el apóstol Juan: “... el que afirma que permanece en Él debe vivir como Él vivió” (1Jn 2:6).

Si queremos parecernos a Él, debemos vivir como Él vivió.

Un camino estrecho y seguro

Una vez escalé una meseta en Nuevo México cuya cima había sido el hogar de indígenas americanos durante muchos siglos. Como no había una fuente de agua en la cima de la meseta, sus habitantes hacían viajes a diario para descender al valle y subir el agua que necesitaban para sobrevivir. El resultado es un sendero desgastado sobre la roca, un canal continuo de doce centímetros de profundidad que avanza frente al empinado precipicio. Su anchura apenas te permite poner un pie frente al otro, así que se requiere bastante concentración para mantener el equilibrio en este camino estrecho, pero no hay duda de que estás en la ruta de ascenso más segura.

Esto es lo que significa seguir los pasos de Cristo. Sea cual sea el camino que hay por delante, no es amplio sino estrecho. Preguntar: “¿Quién debo ser?”, significa preguntar cuál es el primer lugar en donde debemos poner el pie en el camino estrecho. Con cada paso que damos, nos vamos revistiendo más de nuestra “nueva naturaleza, que se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador” (Col 3:10). Sí, la voluntad de Dios es que andemos por el camino estrecho. Pero no andamos deambulando sin rumbo, como si no entiendiéramos dónde quiere que demos el siguiente paso y estuviéramos en peligro de caer por un precipicio. Simplemente caminamos siguiendo los pasos de nuestro Salvador, Jesucristo.

Este es un libro que busca responder, de una vez por todas, la pregunta sobre la voluntad de Dios para nuestra vida. Intenta iluminar el camino estrecho para los que hemos olvidado su existencia o nos hemos preguntado si lo podremos encontrar. El camino estrecho no está escondido. Así como el ascenso a la cima de la meseta, este camino se ha desgastado gracias a los pies de muchos santos fieles, personas que han fijado sus ojos en el Autor y Consumador de su fe, el cual anduvo sobre él antes que ellos. Este camino se revela a los que han aprendido a preguntar: “¿Quién debo ser?”, y

miran a la persona de Cristo para encontrar respuestas. Se revela a aquellos cuyo deseo más profundo y mayor deleite es ser hechos de nuevo —a Su imagen— un paso cuidadoso a la vez.

Dios, el más santo

La repetición es la madre del aprendizaje.

Proverbio romano

“Mamá, me duele mucho la cabeza y tengo que ir a clase. Me tomé un vaso de agua”.

“Mamá, estoy muy ansioso por mi examen. ¿Puedes orar por mí? Me tomé un vaso de agua”.

Estos son dos mensajes de texto enviados por dos miembros de la familia Wilkin que están en la universidad en dos días diferentes de la misma semana. Estos mensajes pueden parecer extraños para los que no conozcan mucho a nuestra familia, pero mis hijos y yo nos entendemos perfectamente. Desde que eran pequeños, cada vez que me decían que les dolía algo, mi respuesta era esta sugerencia: “Intenta tomar un vaso de agua”.

Mis hijos se han reído de mí varias veces por aconsejar este remedio casero. Bromean diciendo que si me escribieran diciéndome que perdieron un brazo, yo les aconsejaría que se hidrataran.

Así que imagina mi alegría cuando me senté una noche a ver las noticias con mi hijo menor y escuché un reporte médico donde decían que el mejor primer paso para tratar los dolores de cabeza y otros malestares comunes es... adivinaste. La mirada en el rostro de

Calvin demostró que había llegado a la conclusión correcta: ahora sería imposible vivir conmigo. Afortunadamente para él, se graduó este año. Tal vez para cuando abandone el nido ya habré recibido mi título médico honorario.

“Intenta tomar un vaso de agua” es solo una de muchas frases grabadas en las mentes de mis hijos. Los padres repiten cosas. Muchas cosas. Especialmente a los niños pequeños. Cuando dejábamos a los niños con una niñera, mis últimas palabras siempre eran: “¡Sean buenos unos con otros!”. Antes de que pudieran jugar en la casa de un amigo, la pregunta estándar era: “¿Arreglaste tu habitación?”. Y a la hora de ir a dormir: “¿Ya te cepillaste los dientes?”.

Repetimos lo que queremos que otros recuerden. Y aprendemos lo que escuchamos varias veces.

A medida que mis hijos iban creciendo, ya no esperaban que les recordara las cosas. Cuando me pedían que los dejara ir a la casa de un amigo, comenzaban diciendo: “Mamá, ya arreglé mi habitación y terminé la tarea”. Porque la repetición había logrado su propósito.

No es de extrañar que la fuente de la verdadera sabiduría utilice esta herramienta con tanta regularidad. Al prestarle atención a lo que repite la Biblia, entendemos qué es lo que más quiere que aprendamos y recordemos.

¿Quién es Dios?

Mi intención específica en este libro es que aprendamos a identificar la voluntad de Dios para nuestra vida.

Por lo general, nos inclinamos a discernir la voluntad de Dios preguntando: “¿Qué debo hacer?”. Pero la voluntad de Dios tiene que ver primeramente con quiénes somos y después con lo que hacemos. Al cambiar la pregunta y decir: “¿Quién debo ser?”, vemos que la voluntad de Dios no está oculta para nosotros en Su Palabra, sino que se revela claramente.

La Biblia responde directamente a esta pregunta de esta forma: “Sé como Jesucristo, quien representa perfectamente la imagen de Dios en forma humana”. La voluntad de Dios para nuestras vidas es que seamos transformados a la imagen de Cristo, cuya encarnación nos muestra a un ser humano conformado perfectamente a la imagen de Dios. En este libro consideraremos cómo podemos reflejar una semejanza a nuestro Creador. Pero ya que la respuesta de la Biblia a “¿Quién debo ser?” es: “Sé como la imagen misma de Dios”, debemos preguntar: “¿Quién es Dios?”.

He sido grandemente beneficiada por teólogos que han estudiado profundamente las Escrituras durante siglos para responder esta pregunta. Stephen Charnock, Arthur Pink, A. W. Tozer y R. C. Sproul han explorado el carácter ilimitado de Dios, y lo han hecho a niveles que sobrepasan mi capacidad. Cualquier texto de teología sistemática enumera y explora los atributos de Dios, pero mi deseo en estas páginas es tomar la perspectiva excelsa de Dios que se presenta en otros lugares y hacer una pregunta extra: “¿Cómo debe cambiar mi manera de vivir si sé que Dios es _____?”.

En otro lugar exploré las implicaciones de diez de los *atributos incommunicables* de Dios que podrían llenar ese espacio; aquellas características que son propias solamente de Él. Solo Dios es infinito, incomprensible, autoexistente, autosuficiente, eterno, inmutable, omnipresente, omnisciente, omnipotente y soberano. Cuando nos esforzamos por ser como Él en cualquiera de estos aspectos, nos convertimos en Sus rivales. Somos seres humanos creados para *llevar la imagen de Dios*, pero queremos más bien *ser como Dios*. Nos esforzamos por alcanzar esos atributos que son propios de Dios, aquellos que solamente le corresponden a un Ser ilimitado. En vez de adorar y confiar en la omnisciencia de Dios, deseamos la omnisciencia para nosotras mismas. En vez de celebrar y reverenciar Su omnipotencia, buscamos omnipotencia en nuestras propias esferas

de influencia. En vez de descansar en la inmutabilidad de Dios, observamos nuestros propios patrones endurecidos de pecado y declaramos que somos inmutables, que nos es imposible cambiar. Así como nuestro padre Adán y nuestra madre Eva, anhelamos lo que solo le pertenece a Dios, rechazando los límites que Él nos ha dado y creyendo neciamente que tenemos derecho a poseer estos atributos.

Anhelar un atributo incomunicable de Dios es escuchar el engaño de la serpiente: "... serás como Dios". Es la inclinación natural del corazón pecaminoso, pero ya que se nos ha dado un nuevo corazón con nuevos deseos, debemos aprender a anhelar atributos que sean apropiados para un ser limitado, aquellos que describen la vida abundante que Jesús vino a darnos.

A estos se les conoce como los *atributos comunicables* de Dios, aquellas características Suyas que pueden hacerse realidad en nosotras también. Dios es santo, amoroso, bueno, justo, misericordioso, lleno de gracia, fiel, veraz, paciente y sabio. Cuando hablamos de ser "transformados a la imagen de Cristo", esta es la lista que tenemos en mente. Esta es la lista que intento explorar: diez atributos que nos muestran cómo reflejar la imagen de Dios como lo hizo Cristo. Por ejemplo, entre más gracia tengo, más reflejo a Cristo, quien muestra perfectamente la imagen de Dios.

Pero ¿por dónde debo empezar? ¿Qué debería ser lo primero que viene a mi mente cuando pienso en Dios? ¿Habrà alguna respuesta correcta? Yo argumentaría que sí la hay. Solo tenemos que prestarle atención a la madre del aprendizaje: la repetición.

Primero lo primero

Si es cierto que repetimos lo que es más importante, hay un atributo de Dios que emerge claramente como uno de los primeros de la lista: Su santidad. La santidad se puede definir como la suma de toda

excelencia moral, “la antítesis de toda imperfección o corrupción moral”. Transmite la idea de ser apartado, sagrado, separado; indica un carácter cuya pureza es absoluta.

Siguiendo la regla de la repetición, la Biblia quiere que nuestro primer pensamiento sobre Dios sea que Él es santo. La palabra *santo* aparece casi setecientas veces en la Biblia. Su forma verbal, *santificar*, aparece doscientas veces más. Esas menciones de *santo* en todas sus formas se relacionan con cosas, personas y lugares, pero cuando se usa para describir a Dios, notamos algo sorprendente. Ningún otro atributo aparece junto al nombre de Dios con más frecuencia que la santidad. La Biblia menciona Su “santo nombre” veintinueve veces. Solo en el libro de Isaías se le llama el “Santo de Israel” unas veinticinco veces.

La santidad de Dios, la pureza absoluta de Su carácter, es lo que lo distingue de todos Sus rivales:

¿Quién, Señor, se te compara entre los dioses?

¿Quién se te compara en grandeza y santidad?

Tú, hacedor de maravillas,

nos impresionas con Tus portentos (Éx 15:11).

Nadie es santo como el Señor;

no hay roca como nuestro Dios.

¡No hay nadie como Él! (1S 2:2).

Los dioses de Egipto y Canaán, de Grecia y Roma, nunca declararon que poseían una pureza absoluta de carácter. Las crónicas de sus hazañas parecen más un *reality show* que un texto sagrado, el cual obliga al devoto a contemplar de forma voyerista sus payasadas horribles. Pero el Dios de Israel posee una santidad tan cegadora que nadie puede verlo y vivir; una pureza moral tan devastadora

que ni siquiera los seres angelicales —que no tienen pecado y habitan en Su presencia inmediata— pueden soportar mirarlo, sino que al contrario, se cubren los ojos con sus alas:

Y día y noche repetían sin cesar:

“Santo, santo, santo
es el Señor Dios Todopoderoso,
el que era y que es y que ha de venir” (Ap 4:8; ver Is 6:3).

No soy experta en los seres angelicales, pero me parece probable que *lo primero* que les viene a la mente cuando piensan en Dios se expresa en *aquello* que repiten sin cesar: santo, santo, santo.

Esta repetición merece una atención especial. Los rabinos solían usar una doble repetición para enfatizar un punto, y vemos que Jesús usa la misma técnica en Su propia enseñanza con frases como: “De cierto, de cierto te digo...” y “Muchos me dirán: ‘Señor, Señor...’”. R. C. Sproul escribe:

En las Sagradas Escrituras solo hay un atributo de Dios que se eleva al tercer grado. Solo hay una característica de Dios que se menciona tres veces sucesivamente. La Biblia dice que Dios es santo, santo, santo. No dice que es santo, ni siquiera santo, santo. Él es santo, santo, santo. La Biblia nunca dice que Dios es amor, amor, amor; ni misericordia, misericordia, misericordia; ni ira, ira, ira; ni justicia, justicia, justicia. Dice que Él es santo, santo, santo, que toda la tierra está llena de Su gloria.

Repetimos lo que más queremos recordar, lo que es más importante y lo que podemos olvidar más fácilmente. El pueblo de Dios puede llegar a olvidar el atributo de Dios que la Biblia exalta como el más alto, escogiendo enfatizar otro atributo en su lugar. Algunas

iglesias se enfocan en repetir casi exclusivamente que Dios es amor. Algunos repiten casi exclusivamente que Dios es justo. Lo primero que nos viene a la mente cuando pensamos en Dios puede estar más marcado por nuestra experiencia que por lo que dice la Biblia. La Palabra de Dios enfatiza la santidad de Dios, pero es posible que nuestras iglesias no quieran hacer lo mismo. Si la pureza absoluta de Dios hace que los ángeles desvíen la mirada, entonces es posible que predicar acerca de la santidad no sea algo que le agrade a las multitudes. Es mejor hacer énfasis en el amor para que todos se sientan bienvenidos, o hacer énfasis en la justicia para que todos se porten bien.

Dios merece nuestra adoración tanto por Su amor como por Su justicia. Pero Su amor y Su justicia son definidos por Su santidad: Él no solamente ama; Él ama desde una pureza absoluta de carácter. No solo actúa con justicia; actúa con justicia desde una pureza absoluta de carácter. Si enfatizamos cualquiera de Sus atributos por encima de Su santidad o separada de ella, lo moldeamos de acuerdo a nuestra imaginación o para nuestros propios fines. Su amor se convierte en un amor en términos humanos, en vez de ser un amor santo. Su justicia se convierte en una justicia en términos humanos, en vez de ser una justicia santa.

Al comprender Su santidad, somos transformados por esa revelación. El conocimiento de Dios y el conocimiento de uno mismo siempre van de la mano. Nos vemos a nosotros mismos de una forma diferente porque hemos visto a Dios como Él es. Y entendemos nuestro llamado —reflejar a Dios como lo hizo Cristo— de una forma nueva.

Santos como Él es santo

Uno esperaría que el atributo principal de Dios fuera incomunicable —algo exclusivo del Dios todopoderoso—, pero no lo es. La

santidad es un atributo de Dios que podemos reflejar. Tómate un momento para maravillarte ante esta realidad.

La santidad impregna cada aspecto del llamado cristiano. Se encuentra en el centro mismo del evangelio. No solo somos salvos *de la depravación*; somos salvos *para la santidad*. La conversión conlleva consagración.

La Biblia presenta la santidad como algo que se nos ha dado y que se demanda de nosotros. Nos dice: “Si estás en Cristo, has sido santificado. Ahora sé santo”.

Hebreos 10:10 nos asegura que “somos santificados mediante el sacrificio del cuerpo de Jesucristo, ofrecido una vez y para siempre”. ¡Qué verdad tan preciosa! El sacrificio de Cristo nos da la santidad posicional ante Dios. Somos apartados como Sus hijos. Nada puede quitarnos nuestra santidad posicional. Sin embargo, la Biblia no describe solamente la santidad posicional, sino también la santidad práctica.

Aquí, de nuevo, la repetición sirve como nuestra maestra. El Antiguo Testamento habla de la santidad como un imperativo y lo hace repetidamente:

Yo soy el Señor su Dios, así que santifíquense y *manténganse santos, porque Yo soy santo...* Yo soy el Señor, que los sacó de la tierra de Egipto, para ser su Dios. *Sean, pues, santos, porque Yo soy santo* (Lv 11:44-45).

El Señor le ordenó a Moisés que hablara con toda la asamblea de los israelitas y les dijera: “*Sean santos, porque Yo, el Señor su Dios, soy santo*” (Lv 19:1-2).

Conságrense a Mí, y *sean santos, porque Yo soy el Señor su Dios* (Lv 20:7).

Sean ustedes santos, porque Yo, el Señor, soy santo, y los he distinguido entre las demás naciones, para que sean Míos (Lv 20:26).

Podemos ser tentados a ignorar estas instrucciones pensando que solo son una parte extraña de un libro extraño del Antiguo Testamento que ya no aplica para los que están bajo el nuevo pacto. Pero Jesús mismo utiliza estas palabras en el Sermón del monte. En el Nuevo Testamento, Él deconstruye las leyes de Antiguo Testamento sobre el asesinato, el adulterio, el divorcio, los juramentos, la venganza y el trato hacia los enemigos, apuntando a una obediencia más profunda que no se trata simplemente de acciones externas sino también de motivaciones internas. Aquí se encuentra la rectitud que excede la de los escribas y los fariseos. Y la frase que escoge para concluir Su idea es: “Por tanto, sean perfectos, así como su Padre celestial es perfecto” (Mt 5:48).

Es una declaración tan estremecedora que podríamos ser tentados a pensar que Él la usa para sacudir a Su audiencia. Seguro está usando una hipérbole. Pero parece que cierto oidor que estaba sentado a Sus pies en ese momento no lo tomó así. Casi treinta años después, Pedro le escribe a un grupo de nuevos creyentes: “Como hijos obedientes, no se amolden a los malos deseos que tenían antes, cuando vivían en la ignorancia. Más bien, sean ustedes santos en todo lo que hagan, como también es santo quien los llamó; pues está escrito: ‘Sean santos, porque Yo soy santo’” (1P 1:14-16).

Pedro repite lo que se le había repetido a él. No se conformen a lo que eran antes. Sean transformados para ser como deberían ser. Sean santos, así como Dios es santo.

Si todavía te estás preguntando cuál es la voluntad de Dios para tu vida, deja que el apóstol Pablo elimine toda tu confusión: “La voluntad de Dios es que sean santificados... Dios no nos llamó a la impureza, sino a la santidad” (1Ts 4:3, 7).

En pocas palabras, la voluntad de Dios para tu vida es que seas santo. Que en tu vida sea evidente que has sido apartado. Que, por el poder del Espíritu Santo, te esmeres por alcanzar un carácter absolutamente puro (Heb 12:14). Toda advertencia, toda ley, toda exhortación apunta a este propósito principal. Todas las historias de todos los personajes en todos los libros de la Biblia resaltan este llamado. Sé santo, porque Él es santo.

Buscando la santidad

Debido a que nuestra conversión afecta nuestra consagración, aquellos que reciben la santidad posicional serán movidos a buscar la santidad práctica. Como dice el teólogo Jerry Bridges: “La verdadera salvación trae consigo el deseo de ser santificado”.

Crecer en santidad significa que sentiremos más odio hacia el pecado. Pero reflejar el carácter de Dios no es solo quitarnos las vestiduras de nuestra antigua manera de vivir. Requiere que nos pongamos las vestiduras de nuestra nueva herencia. Crecer en santidad implica ser más amorosos, justos, buenos, misericordiosos, llenos de gracia, fieles, veraces, pacientes y sabios. Implica aprender a pensar, hablar y actuar como Cristo todas las horas del día que Dios nos conceda vivir en esta tierra como Sus redimidos.

Hace unos años fui a Detroit a principios de enero para visitar a mi hermano. Pensé que había empacado ropa abrigada, pero cuando el avión aterrizó y la temperatura era de -18°C, supe de inmediato que no importaba qué había empacado, no estaba suficientemente preparada. Esta tejana no tenía ropa para temperaturas bajo cero. Mi hermano se divirtió molestándome por mi acento, por mi suéter liviano, por no tener bufanda y gorro y por mis zapatos inadecuados. Y como no estaba acostumbrada a vivir con nieve, siempre se me olvidaba quitarme los zapatos al entrar a la casa.

Sin duda, cuando mi hermano se mudó de Texas a Detroit hace treinta años, llegó tan mal preparado como yo. Pero con el tiempo, aprendió a dejar sus viejas prendas tejanas, así como su acento y sus hábitos, y adquirió los que coincidían con su nueva realidad. Se aclimató a su nuevo ambiente.

La santidad es así. Es un proceso de aclimatamiento por medio del cual aprendemos a comportarnos como hijos de Dios y no como hijos de ira. A medida que nos vayamos vistiendo de esta nueva vida, nos sentiremos más incómodos en nuestros viejos ambientes y más cómodos con los redimidos. Nuestra separación se volverá cada vez más evidente para aquellos entre los cuales caminamos alguna vez. Nuestra conversión afectará nuestra consagración. No solo necesitamos esta santidad, sino que también la deseamos por encima de todo lo demás.

Pues esta es la voluntad de Dios, nuestra santificación.

Nota: Al final de cada capítulo encontrarás versículos, preguntas y una oración para ayudarte a recordar y aplicar lo que leíste. Considera la posibilidad de tener un diario en el que puedas copiar o parafrasear cada uno de los versículos, anotando lo que cada uno te enseña sobre el atributo que se estudió en el capítulo. Escribe tu respuesta a las preguntas y añade tu propia oración.

Versículos para meditar

Levítico 19:2

Job 34:10

Isaías 47:4

Habacuc 1:13

Mateo 5:48

Hebreos 12:14

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué forma has visto la voluntad de Dios para tu vida principalmente como algo que debes *hacer* y no como lo que debes *ser*? Piensa en una decisión importante a la que te estés enfrentando en la actualidad. ¿Limitas tus peticiones de

oración a resultados específicos? ¿Oras por tu santificación? ¿Cómo podrías cambiar tus oraciones en cuanto a esa decisión importante?

2. Describe un tiempo de tu vida en el que hayas experimentado una profunda convicción de pecado. ¿Qué te llevó a esa convicción? ¿Cuál fue el resultado?
3. Piensa en la persona más santa que conozcas o hayas conocido. ¿Cuál es o era su motivación para comportarse correctamente?
4. ¿De qué manera debería nuestro deseo de crecer en santidad mejorar nuestra relación con Dios? ¿Cómo debería mejorar nuestras relaciones con otros? Da un ejemplo específico en cada pregunta.

Oración

Escribe una oración a Dios pidiéndole que te muestre tu pecado a la luz de Su santidad. Pídele que te ayude a odiar todo lo que no sea santo para que puedas reflejar mejor Su verdadera naturaleza. Dale gracias porque has sido santificado posicionalmente en Cristo y porque estás siendo santificado en la práctica por el poder del Espíritu.

Dios, el más amoroso

El amor de Dios es mucho más grande
de lo que se puede decir o escribir;
va más allá de la estrella más alta,
y llega hasta el infierno más bajo.

Frederick Lehman, 1917

Es difícil hablar sobre el amor de Dios. Si hay un atributo de Dios con el que hay mucha confusión, es este.

Parte de la confusión es lingüística. En nuestra lengua nativa, usamos “amor” o “amar” de forma general e indiscriminada. Yo amo a mi esposo. También amo las comidas fritas. Tenemos que ser un poco más específicos con nuestras palabras para marcar la diferencia entre un tipo de amor y el otro.

Pero otra parte de la confusión es cultural. Nuestra cultura ama el amor. Bueno, al menos el amor romántico. Mientras empiezo a escribir este capítulo, se acerca el día de San Valentín. Como era de esperarse, al buscar una película para el viernes en la noche, nuestro servicio de *streaming* sugirió películas románticas. ¿Sabes cuál es el drama romántico más taquillero de todos los tiempos? Alcanzando casi los 700 millones de dólares, es un relato corto sobre dos personajes llamados Jack y Rose, cuya historia de amor de cuatro

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *A Su imagen*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2021 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!